

ROHBECK, Johannes 2023, *Moderne Aufklärung. Erkenntnisse für die Krisen der Gegenwart*, Berlín: J. B. Metzler/Springer. ISBN 978-3-662-66654-8, 299 páginas

Cuanto más avanza la historia, tanto más problemático deviene el saber de la Ilustración. Hoy en día, el investigador interesado en el Siglo de las Luces está obligado a lidiar con numerosos prejuicios contra las humanidades, como, por ejemplo, su falta de “utilidad” para los intereses inmediatos de nuestra sociedad. Y a ello se suma, por otro lado, la aparente incompatibilidad de este mismo saber con las exigencias que forman el presente político. En ciertos ambientes, sin excluir el universitario, el siglo de la Ilustración no solo ha adquirido un cierto aspecto casposo. Además, los valores humanos promovidos por las ciencias fundadas en esta época suelen ser vistos como contrarios a las ideologías que rigen el horizonte histórico actual.

El nuevo libro de Johannes Rohbeck sobre una Ilustración “moderna” demuestra sin duda alguna que la situación descrita se basa en meros prejuicios. Esta investigación es un análisis de las nuevas ciencias que emergieron en la Ilustración con el fin de actualizar su saber en nuestro tiempo. Rohbeck analiza los orígenes de las ciencias que surgieron en el siglo XVIII, como la antropología, la economía política y la sociología, con el fin de comprender las grandes crisis de nuestro periodo histórico, como la guerra y el cambio climático, así como también de repensar los desafíos que presentan la globalización, el capitalismo y la cuestión de género.

El concepto de Ilustración que esta investigación propone no se reduce ni a un sentido “histórico”, según el cual la Ilustración se presenta como un mero periodo de tiempo, ni tampoco a un sentido “sistemático”, como si ella fuera una suerte de doctrina. En lugar de ello, Rohbeck propone una síntesis de ambas perspectivas. El resultado de aplicar este método es la definición de la Ilustración como *transformación*. Para la “transferencia” y “conversión” de los teoremas científicos ilustrados a nuestro presente histórico, Rohbeck no se centra en una determinada corriente ilustrada, sino que contempla la Ilustración como acontecimiento europeo. El potencial teórico que aquí se pretende actualizar es la unidad de la Ilustración europea en su pluralidad. De modo analítico y comparativo, el autor logra encontrar similitudes entre las distintas versiones de la Ilustración europea y correspondencias entre las situaciones históricas del siglo XVIII y del siglo XXI. De modo equitativo, se presentan análisis

de autores franceses como Montesquieu, Rousseau o Voltaire, británicos como Hume o Adam Smith, italianos como Cesare Beccaria o Pietro Verri, españoles como Benito Jerónimo Feijoo o el Marqués de Jovellanos y trata, naturalmente, autores de la Ilustración alemana como Kant, Herder y Mendelssohn, lo que da pie a calificar el método de Rohbeck como *interregional*.

La reflexión sobre la situación histórica actual está determinada según el marco de las ciencias propias de la Ilustración. En primer lugar, Rohbeck, a modo de preámbulo, elabora una genealogía de *la idea de Europa* y explica cómo se ha desarrollado hasta la actualidad tanto desde una perspectiva interregional como interdisciplinar. En virtud de los distintos esbozos de la idea de Europa que tuvieron lugar en la Ilustración, se intenta diagnosticar los problemas y la dirección de lo que todavía hoy se presenta como el “proyecto” de la Unión Europea.

Tras haber determinado el concepto general de la Ilustración europea, Rohbeck pasa a considerar el problema de la *religión*, concretamente la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado. Estas reflexiones están marcadas por la famosa “querrela de la secularización”. En contra de autores como Habermas, que definen un “retorno de la religión” en una “época post-secular”, Rohbeck, haciendo énfasis en los efectos sociológicos positivos de la religión, defiende una visión laica y secular de lo público, para lo cual enfatiza el concepto de *tolerancia*. Libertad de credo, se afirma aquí, solo es posible si el espacio social se libera de la religión.

Sobre la base de esta concepción laica de lo público, se analiza la ciencia que, según el autor, se presenta como la más importante de la Ilustración: *la antropología*. El punto de salida de las reflexiones antropológicas es la escisión entre alma y cuerpo que se había desprendido de la ciencia cartesiana. La ciencia de la antropología es presentada como superación de este conflicto: el hombre deja de ser visto como un mero mecanismo y pasa a ser un *organismo viviente*. En virtud de este nuevo concepto de lo humano, Rohbeck plantea temas de gran actualidad como la debatida época del Antropoceno, así como la cuestión de identidad y de género, rescatando en ello discursos científicos igualitarios que vieron la luz en la Ilustración.

Dada esta idea de humanidad, el autor ofrece una imagen de *la naturaleza*. En este capítulo, se establece un interesante paralelismo entre el terremoto de Lisboa de 1755 y la pandemia provocada por el virus SARS-CoV-2. La lección que Rohbeck obtiene de la posición ilustrada es clara. Ambas catástrofes no son ni un castigo divino ni tampoco producto de la conspiración de una élite secreta, sino *sucesos* naturales que, en virtud de la acción humana, se convierten en *catástrofes* naturales. En vistas a la crítica a la religión y al debilitamiento del lugar del hombre en el cosmos tales hechos naturales son observados como

acontecimientos de los que la humanidad tiene que aprender. “El hombre debe aprender a adecuarse a la naturaleza, pero quiere que ella se adecue a él. [...] El hombre no ha nacido para construir eternas chozas en este teatro de vanidad”. Tal era la opinión del joven Kant sobre el terremoto de Lisboa.

Sobre la base de la pérdida de centralidad del hombre en el cosmos, Rohbeck pasa a pensar la pérdida de la realidad del hombre para sí mismo en el contexto de la denominada *sociedad post-factual*. La crítica al concepto post-factual de la realidad es articulada en virtud del *empirismo* de Hume, por un lado, y de la *filosofía del lenguaje* de Condillac, por otro. Ambos marcos teóricos son actualizados a través de un análisis crítico del “nuevo realismo” filosófico, concretamente de la versión ofrecida por Markus Gabriel. En virtud de esta nueva aproximación a la realidad y del análisis del lenguaje es posible no sólo poner en duda el contenido de verdad de ciertas sentencias, sino también descubrir las razones individuales y sociales del surgimiento de errores, esto es, de establecer una crítica objetiva a la ideología.

Una de las críticas centrales de Rohbeck a la Ilustración es la falta de una teoría del estado. Los ilustrados, a excepción de Rousseau, parecen haber dejado atrás las grandes teorías políticas de Hobbes o Locke. No obstante, él intenta demostrar que es posible ver el comienzo de una *reflexión científica sobre lo social*. Para ello tendrá en cuenta, aparte de Rousseau, a Montesquieu y su división de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. En base a ello, Rohbeck pasa a criticar el concepto de un “giro postdemocrático”, refutando todo escepticismo que hable de una crisis irrevocable de los principios democráticos, dejando así abierta una perspectiva de futuro para la democracia. Para ello no solo usa los argumentos del *Espíritu de las leyes*, sino también de la “inteligencia emocional” de la escuela sensualista escocesa.

Los análisis sociológicos de Rohbeck devienen desarrollados y complementados con un capítulo dedicado a la *crisis del capitalismo*. En base a la *economía política* de Adam Smith, Rohbeck recuerda que una evolución de la democracia determinada por el capitalismo fue algo que en la Ilustración se instauró de forma intencional y con medios propiamente democráticos. La crisis del capitalismo es analizada por Rohbeck principalmente a partir de la imagen de la “mano invisible”: El capitalista, dice Smith, “persigue solo su propia ganancia y deviene en este como en otros muchos casos dirigido por una mano invisible para perseguir un fin que en modo alguno había previsto”. Esta dimensión sin control e involuntaria del capitalismo es calificada de “contingencia”. Su reducción y control es el gran desafío ante el cual la economía mundial se enfrenta. En este momento, Rohbeck analiza las distintas interpretaciones de este problema, desde el intento de “moralización” del capitalismo de Markus Gabriel hasta la nueva formulación del comunismo que persigue

Slavoj Žižek. A la luz de las debilidades de estos discursos, se pondrá el foco no tanto en la economía, sino más bien en la *industrialización*.

La última ciencia ilustrada que Rohbeck trata es la *filosofía de la historia*, y le sirve para tratar el problema de la *globalización*. En su genealogía de esta ciencia filosófica, Rohbeck la caracteriza como un proceso determinado por la “eliminación de límites” (*Entgrenzung*) y la “limitación” (*Begrenzung*). Por un lado, la filosofía de la historia nace en virtud de la pérdida de un inicio y final de la historia, perdiendo así su “plazo” (*Frist*), y generando al mismo tiempo la conciencia de una “época propia”. Por otro, la limitación de la historia es también determinada por el descubrimiento e interpretación de otras culturas, como la oriental, con lo que Rohbeck pretende desmentir el prejuicio de que la Ilustración solo se contemple a sí misma como medida del todo. El saber de la filosofía de la historia es actualizado a partir del concepto de contingencia. Frente a los intentos de fundar una teleología de la historia de la Ilustración como hizo Kant, se propone una “ética del futuro”, basada en la responsabilidad moral. El fin de esta moral del futuro no es solo cumplir con los plazos marcados por las crisis de nuestro presente, sino también quiere establecer, de forma prospectiva, su reversibilidad.

A modo de conclusión, Rohbeck tematiza de forma central el concepto de *contingencia*, con el cual pretende resumir todos los problemas que se han ido tratando a lo largo del libro. De modo ciertamente original, el concepto de contingencia es interpretado en clave freudiana como “ofensa” (*Kränkung*). La Ilustración, tanto en el siglo XVIII como en el XXI, consiste en el control o “reducción” (*Überwältigung*) de contingencias, es decir, de aquellos fenómenos derivados de los principios ilustrados pero que, en el transcurso de la historia, se revelan como contrarios a ellos. Con esta concepción crítica de la Ilustración, Rohbeck toma distancia de otro tipo de análisis. Se aleja de una crítica conservadora, que acusa a la Ilustración de haber fundado un individualismo absoluto, del intento anacrónico de una “dialéctica de la Ilustración”, que ahoga todo intento de salvarla, y, sobre todo, de los intentos posmodernos que proclaman su muerte irrevocable. Ahora bien, si Rohbeck tiene plena confianza en los valores e ideales de la Ilustración, la actualización que propone no se reduce, a pesar de todo, a una mera “auto-reflexión” de la misma. En lugar de una Ilustración que se piensa a sí misma, Rohbeck pone el foco metodológico en el análisis de los discursos concretos que la componen, lo que aparta al lector de una especulación macro-histórica y lo acerca a *hechos específicos*.

Como se puede apreciar, la investigación de Rohbeck es de lo más compleja, pues él no solo pone en diálogo las distintas voces de la Ilustración europea, sino que además intenta actualizarlas en el contexto teórico-práctico

del presente. Ahora bien, entre los elementos que Rohbeck actualiza se encuentra uno que, a nuestro juicio, resulta un tanto problemático: el concepto de *inteligencia emocional*. En cierto modo, es comprensible que Rohbeck recurra a este concepto, pues la escuela sensualista escocesa ha sido uno de sus grandes intereses desde los inicios de su actividad científica. Sin embargo, este concepto no está exento de crítica.

Según Rohbeck, la inteligencia emocional da lugar, a través de una “comunicación afectiva”, a un “reconocimiento recíproco”. Esta idea se funda sobre el sensualismo de Hume y de Hutcheson, quienes fueron capaces, según el autor, de atribuir al sentimiento “competencia racional”. La *racionalidad de los sentimientos* es, a nuestro juicio, lo problemático. Aquí es preciso recordar aquí que el mismo Kant, en sus ensayos precríticos, defendía el intelectualismo emocional para dar razones de la naturaleza moral y libre del hombre. Pero este punto de vista fue mantenido poco tiempo. Ya en la *Dissertatio* de 1770, Kant era consciente de que la moral tenía que pertenecer a la “filosofía pura”, es decir, lo moral debía ser cognoscible mediante el entendimiento y sin tener que recurrir a elementos empíricos, como lo son los sentimientos.

Como es conocido, el proceso de purificación de la filosofía moral acabó con la definición de la ley moral como un *factum racional*. Gracias a este “acto inteligible” de la razón quedaban garantizados tanto la universalidad de un criterio moral como la libertad de todo ser racional. La ética de Kant no es, como Rohbeck parece asumir, una ética racionalista, sino una ética trascendental: no solo es independiente de todo dato sensible, sino que también goza de *autonomía*, aspecto que la ética racionalista de Wolff no había podido explicar de modo consecuente. El descubrimiento de esta autonomía moral es el núcleo moral de la Ilustración y, al mismo tiempo, la base de toda teoría política democrática. Por ello mismo, la posición sensualista de Rohbeck debería enfrentarse de nuevo a los problemas teóricos que supone la filosofía moral, sobre todo con la exigencia básica de una moral ilustrada: su universalidad.

A pesar de la objeción que planteamos, la razón de que la universalidad de la ley kantiana deba ser rechazada es en parte de lo más comprensible. Este rechazo queda justificado por la *violencia* que la realización de una ley moral universal parece llevar consigo. Esta violencia, implícita en las reflexiones de Rohbeck, deja expresarse con un pensamiento de Schiller. El poeta, quien durante las atrocidades de la Revolución Francesa se dedicó al estudio sistemático de la filosofía kantiana, dijo que el hombre “debe aprender a desear *de forma noble* para que no le urja querer *de forma sublime* (*muß lernen edler begehren, damit er nicht nöthig habe, erhaben zu wollen*)”. En cierto sentido, Schiller parece volver a una postura sensualista, precisamente para intentar dar solución a las consecuencias revolucionarias de la ética kantiana.

Ahora bien, a nuestro juicio, la solución de Kant, el imperativo categórico dado como “acto inteligible” de la razón, a pesar de la sublime violencia que contiene, no sólo ofreció una solución teórica a las dificultades que presentaban las teorías sensualistas y racionalistas, sino que, a través de ello, también se alcanzó una formulación filosófica a la altura de su tiempo. Que la puesta en práctica y realización de esta ley moral dirija directamente a una violencia revolucionaria es, a día de hoy, un hecho casi innegable. Ahora bien, negar esta misma realidad humana supondría, al mismo tiempo, negar la dimensión “esencial” de lo político como tal. Con esto no se pretende justificar la violencia, sino más bien, como también quiso Carl Schmitt, describir uno de los rasgos más distintivos y fundamentales de todo obrar y pensar político.

PABLO GENAZZANO  
*Universität Potsdam*